



Ética y universidad

José Luis del Barco

Profesor titular de Filosofía del derecho, Moral y Política, Universidad de Málaga, España.

ABSTRACT

The world we live in, is going through crisis due to social inequalities, wars, etc. However, the University can still be considered the place to look for shelter when facing these situations, even when it is also being affected by all types of crisis, and the institution that in the past was a headlight, today looks exhausted and can hardly glow.

Technological temerity has lead men into great exploits, but it has forgotten what is most important: giving solutions to serious social problems, some of which are the result of carelessness and others are simply impossible to handle. Meanwhile, study and research aimed at advances in science must be intensified.

Since the beginning of modern times, the University has made an effort to permeate all fields of human endeavour and to leave a legacy of knowledge that can be used for improvement in all aspects of social organization.

Key words: *ethics, university, crisis, theory, study, autonomy.*

RESUMEN

El mundo actual en el que vivimos está en crisis, debido a las desigualdades sociales, conflictos bélicos, etc.; sin embargo, ante estas situaciones es posible acudir a la Universidad, aunque esta también está afectada por la crisis (de todo tipo), pues lo que en otros tiempos fuera un faro que servía de guía parece hoy extenuada y alumbra difícilmente.

La osadía tecnológica ha llevado al hombre a realizar grandes hazañas, pero ha olvidado lo más importante: dar soluciones a los graves problemas sociales, algunos de estos por descuido, y otros porque ha resultado imposible; mientras tanto, se debe intensificar el estudio y la investigación para avanzar en la ciencia.

Desde el inicio de la modernidad, la Universidad se esforzó por incursionar en todos los campos, y dejar como legado un conocimiento para beneficio de la organización social.

Palabras clave: *ética, universidad, crisis, teoría, estudio, autonomía.*

Se dice con frecuencia que nuestro mundo está en crisis. La técnica apresurada no nos concede sosiego para asimilar los cambios. Las desigualdades crecen como hidropesía social. Tres cuartas partes de la humanidad no gozan de las ventajas del bienestar y el progreso. Se desata la violencia en la vida cotidiana. Estallan conflictos bélicos, ahora ya no declarados, cuyas bajas son pacíficos e inocentes ciudadanos. El plumaje columbino del ave de la concordia ha tomado un tinte púrpura. El albatros de la paz, igual que el de Baudelaire -"Uno el pico le quema con su pipa humeante / otro imita, arrastrándose, su manera de andar"-, despier-ta risas y burlas. Parece que no interesa, ahora que la sociedad se adjetiva de opulenta, aniquilar la pobreza, que sigue, como una afrenta, vejando la dignidad de millones de personas. Es como si una marea de profundo malestar se hallara en la pleamar. Si a este escenario añadimos la proclama posmoderna sobre el fin de la utopía, eso que Habermas llama agotamiento de las energías utópicas, la dimensión de la crisis resulta estremecedora. No es que pasemos por una, es que estamos instalados permanentemente en ella.

En situaciones de crisis es normal pedir ayuda. ¿A quién acudir en busca de alivio para esta nuestra? A todo el que pueda influir en la marcha de las cosas y sea capaz de aportar siquiera un grano de arena: el pueblo, la sociedad, el gobierno o el Estado. Pero un lugar destacado al que acudir cuando andamos perdidos entre tinieblas, ¿no es la Universidad? ¿No decimos que es el templo de la ciencia y el saber? ¿No salen de ella los hombres con la inteligencia aguda y el corazón generoso para encontrar soluciones y para prestar ayuda? ¿No es oferente *alma*

mater donde germinan las aguas de los frescos manantiales que harán fecunda la tierra? ¿No es escuela de progreso, de paz y de libertad? ¿No es misión suya que el hombre no sea lobo para el hombre? ¿No ha de inventar las ideas que hagan de la sociedad un ámbito democrático? La respuesta a estas preguntas es, sin duda, afirmativa. La Universidad sería una torre de marfil, ajena a los ciudadanos, si no se comprometiera a fondo con sus problemas.

Pero también ella está afectada por la crisis. Se dice que ha renunciado a ser un espacio autónomo por presiones del poder; que se ha preocupado más de su propio acomodo que del de la sociedad; que el herrín de la rutina amaga con oxidarla; que, internamente escindida, no halla cauces de diálogo entre los saberes técnicos, humanistas y científicos; que el sueño interdisciplinar está todavía lejos; que más que Universidad es pluridiversidad; que la luz de sus saberes sigue llegando a muy pocos; que ha perdido temple ético para ser el semillero de los altos ideales. La que en otros tiempos fuera faro que servía de guía parece hoy extenuada y alumbrada difícilmente.

Las crisis, que no siempre significan una mala situación, sino un momento crucial, nos sitúan a menudo ante esta disyuntiva: o logramos remontarlas o nos hundimos en ellas. Para remontar las crisis debemos movilizar los recursos disponibles. Todos han de entrar en juego, como la emoción del alma, el ingenio y la poética en la perfección de un verso, para remontar el vuelo. Uno de los más espléndidos con que cuenta el ser humano es, sin duda, el pensamiento. Gracias a su intenso fuego, cantaba el sensible Hölderlin, habita lleno de méritos y épicamente la tie-

rra. A él hay que recurrir para hacer cara a la crisis por la que atraviesa la Universidad. Con oceánica hondura y con esmero de orfebre es preciso repensarla: su origen, su evolución, su misión, su entraña ética.

2

La Universidad nació hace veinticinco siglos al abrigo de esta idea: la teoría es superior a la práctica. Fue un destello afortunado de la luz mediterránea, la mar latina de Darío, y, por su cuna ideal, la Universidad se mueve por impulsos ideales: la ciencia, el saber, la ética, la justicia, la cultura. En la sociedad del lucro, donde se hace realidad el estribillo de Góngora "poderoso caballero es don dinero" -o con letra de bolero: "y cuando se tiene plata uno vale mucho más"-, suena raro colocar la práctica detrás de la teoría. Es lo útil lo que atrae como un imán a la vida, y se oye una y otra vez que el mundo es de los activos. "En la vida de hoy, dice el huraño Pessoa, el mundo sólo pertenece a los estúpidos, a los insensibles y a los agitados". Sin embargo, en el pico culminante de la vida intelectual, rodeada del silencio del que nacen con esfuerzo la belleza y la verdad, se encuentra la teoría.

La osadía tecnológica de hallar vida racional fuera de nuestra galaxia sólo se pudo emprender después de cientos de años de experimentos y cálculos para entender el enigma de las leyes naturales. Se puede pensar, sin duda -yo mismo lo pienso así-, que entretenerse en buscar vida por los escondrijos del universo infinito, cuando se duda de que haya vida humana aquí en la tierra, es prueba de indiferencia hacia problemas sociales más urgentes e irritantes. Pero eso

no cambia el hecho de que cualquier logro técnico, desde la rueda al ordenador, es resultado de horas de fatiga y pensamiento. ¡Feliz el día en que se puedan curar el sida y el cáncer! Mientras tanto, ¡al estudio! Así iremos conociendo, tras mucho laboratorio y muchas noches en vela con la inteligencia en vilo, la estructura de la célula o el prodigio del genoma. Iremos desentrañando el misterio de la vida. Tras el esfuerzo teórico, amanecerá el día en que se aplique el saber logrado por la razón para vencer para siempre enfermedades terribles.

Nada de esto cambia un ápice si se piensa, como Marx, que la teoría es la praxis. Sea lo que sea la teoría -yo creo que es solo ver- precede siempre a la práctica y hace posible la técnica. Sin conocer con certeza las leyes de la aeronáutica, el avión no podría ir como premura alada desde una orilla a otra de la mar grande y espléndida. En la aurora de la ciencia, Galileo acertó a decirlo con metafórica fórmula: La teoría es el capitán y la práctica el soldado. Parece que así es la cosa. El curtido marinero dorado de brisa y sal obedece al almirante, que, etimológicamente, es el jefe de la mar, para cambiar la vela o hacer girar el timón, de manera que la nave tome puerto aunque amenacen tormentas y tempestades. Cuando la espléndida idea se encarnó en instituciones, nació la Universidad. Esa civilización que llamamos Occidente, que no es un lugar geográfico sino un tipo cultural, con sus miserias y glorias, es vástago, hoy enfermo, de su semilla fecunda.

3

Un sinnúmero de vueltas ha dado desde entonces la fría rueda del tiempo. Se han

venido a tierra imperios, el gran astro ha envejecido de tanto peregrinar desde la aurora a la aurora, se han abandonado ideas que poco antes se abrazaban como madero de náufrago. Pero la Universidad ha de seguir –o morir– su ancestral monotonía: buscar los saberes altos, liberar por la cultura, impulsar valores grandes con que adecentar el mundo, crear sin parar belleza, la llama que desespera, que Baudelaire sublimó en un bello alejandrino: *Hacia ti, fuego, vuela lo fugaz deslumbrado*. En la antigüedad abrió los caminos de la ciencia; fundó la filosofía bajo el cielo azul de Jonia; imaginó la tragedia para elevar a los hombres, con su talismán catártico, por cima de sus miserias; inventó la democracia para vivir sin cadenas; creó la ley y el derecho para confinar la fuerza en la rudez de la selva. En el medioevo fue escenario de encendidas discusiones teológicas, conservó el saber antiguo, lo estudió con vehemencia, ahondó con ansia teórica en el *trivium* y el *quadrivium*, se enredó en grescas dialécticas y en controversias de escuela.

Luego empezaron a oírse expresiones como estas: *Am Anfang war die Tat*, *sapere aude* (maestro y poseedor de la naturaleza, saber es poder). Así hablaron Goethe, Kant, Descartes, Bacon y otros. Eran palabras de empuje que alentaban a atreverse a enseñorearse del mundo y a poner las formidables conquistas del pensamiento al servicio del progreso, la dicha y el bienestar. Con ese talante intrépido nació la modernidad. Fue un tiempo de atrevimiento, de Faustos y Zaratustras, de ideas revolucionarias, de sueños de ilustración, de invención afortunada de los derechos humanos, de idolatría de la razón, de loa a la libertad y, ay, de garrote vil, patíbulo y guillotina. La Universidad sintió en su

corazón inquieto en busca de lo ideal el terremoto moderno. Rejuveneció y cambió. Esta fue la novedad que nos legó como herencia: incorporar el saber a la marcha de la historia y usar el conocimiento para mejorar al máximo la organización social.

La Universidad moderna no se atiene a cultivar los saberes por sí mismos, que cree que es tan infecundo como endurecer los músculos para mirarse al espejo, no para hazañas atléticas. Además quiere aplicarlos para buscar un futuro de dicha y prosperidad. Con su afán de que el saber redundara en beneficio del desarrollo social, fue dando cuerpo a la idea piafante de progreso. Así empezó la carrera de conquistas inauditas y a mirar siempre más lejos en pos de lo inexplorado. (Aunque, por ir tan de prisa, quedó expuesta al peligro de olvidarse de la meta, pues, como advirtiera Goethe, no se avanza nunca tanto como cuando no se sabe adonde.) Ni un solo rincón quedó fuera de sus intereses. Las luces de la razón debían iluminar por entero lo real y desalojar las sombras tiranas de la ignorancia, que impiden al ser humano el bien de la libertad. Desde su mismo comienzo, en ese tiempo de ínfulas que se llama ilustración, intervino en la política y en los procesos endógenos del dinamismo social. Atizó la economía para aumentar la riqueza (aunque olvidó, como siempre, que fuera bien repartida). Con temple emancipador se aplicó a la formación sin trabas del ser humano para que dejara atrás la minoría de edad. Quiso, incluso, conducir racionalmente la historia para evitar que su marcha fuera un curso caprichoso ajeno al cálculo humano.

Tan célere galopar causó más de un estropicio. La organización social que saliera de sus

manos ha creado esa excrecencia que se llama burocracia, o apogeo de la oficina que entorpece como apeas. La tecnocracia, sobrepasando su oficio de proporcionar los medios, aspira a fijar los fines y a recortar el espacio de las decisiones libres, que incumben al ser humano. La uniformidad amenaza el pluralismo cultural; la razón instrumental, dicen Horkheimer y Adorno, va desplazando a la práctica, y Beck señala con desaliento que la solidaridad perece a manos del individualismo.

4

La Universidad, después de peregrinar por el río de la historia, arroja luces y sombras. Como cualquier obra humana. Las mentes que se nutrieron con su alimento de ideas han alcanzado certezas y propuesto desatinos. Los pechos que trepidaron al son de su pulso ético han hecho guerras y paces, la penicilina y Auschwitz. Las fantasías que soñaron, en su atmósfera poética, inmolarsse al ideal inútil de la belleza con el pincel, la palabra, el pentagrama o la rima, han urdido la cochambre psicopática de Sade y las sonatas de Mozart. De aciertos y desaciertos, errores y exactitudes, aberraciones y logros, está empedrado el camino del ser humano en el tiempo. Y el de la Universidad. Los resbalones son, pues, lances y azares normales de su andadura en la tierra, en la que la marcha erguida está siempre amenazada por tumbos y trompicones. Solamente de dos cosas no puede abdicar jamás si no quiere traicionar su cometido de faro: la autonomía y los valores.

Sin autonomía se humilla a los poderes de fuera. Hace al que ostenta el poder, igual que

hace el junco al viento, mantecosa pleitesía. Otros oficios podrían tener tutores externos para indicar el camino, pero el universitario no, pues el saber no se alcanza cuando se obedecen órdenes que no dicta el pensamiento.

El saber es como el arte: a nada ha de someterse. Stéphane Mallarmé vivió una vida sin brillo, entre enseñanza de inglés y creación junto al Sena, por exigencia del arte, que le regalaba a veces jirones de la belleza prisioneros en los versos. El lema de su poética fue "la música ante todo". Ninguna otra voz oyeron sus oídos de rapsoda. Pessoa sintió el ahogo de la pobreza. *Você podia emprestar-me vinte mil-reis?*, pide con tono mendigo a su amigo Cortes-Rodrigues. Sin embargo, rechazó trabajos más lucrativos por contar con tiempo libre para escribir sin sosiego prosas y versos dolidos. Austero, modesto y pobre, habitaba un cuarto mísero, comía en pensiones baratas y soñaba islas del sur desde la orilla del Tajo por seguir día tras día la estrella del ideal. Poe es otro buen ejemplo de voluntad soberana. Tan solo se doblegaba a las reglas de la métrica con que escalar con esfuerzo, como alpinista quimérico avaricioso de cimas, a la altura de lo bello. "La idea de utilidad, decía resueltamente, es la más antipoética". Le costó sudor y sangre secundar esa consigna. Al final, murió en la calle, en un aguachal de vómitos, desarrapado, borracho y solo (aunque los astros menguaron su luz en señal de duelo). Pero vivió con sentido, sin dejarse engatusar por los cantos de sirena -éxito, fama, dinero- que le impidieran seguir acosando la belleza. Mallarmé, Pessoa y Poe comparten el ideario de *El de la Triste Figura*: "El triunfo o el fracaso, qué importa. Yo sigo mi ideal". Fueron astros soberanos sin más luz que la del arte ni otra ley que la del genio. Fueron torres indo-

mables, puntales de libertad, gigantes de autonomía. Para alcanzar la belleza siguieron únicamente la ley de la belleza.

La ciencia, el conocimiento, el saber y los valores mandan, como la belleza, rechazar las injerencias en su trabajo de búsqueda y obedecer solamente a la ley del pensamiento. Son quehaceres que exigen libertad y autonomía, sin cuya atmósfera limpia la Universidad se asfixia. Y ¿qué es autonomía? No debe de ser sencillo responder a la pregunta, pues desde Kant hasta hoy se han vertido ríos de tinta sin demasiado éxito. "En un caso de cada cien, afirmaba Edgar Poe, un punto se discute en exceso porque es oscuro; en los noventa y nueve restantes es oscuro porque se discute en exceso. Cuando un tema se halla en tales circunstancias, el modo más fácil de investigarlo es olvidar que se haya intentado cualquier investigación anterior". Voy a seguir el consejo. Iré al tema por derecho, sin el rodeo a que obligan las apostillas estériles de exegetas y escoliastas.

La autonomía es la insignia de los individuos libres que sólo acatan la ley que su conciencia les dicta. Como dice el diccionario: "Condición del individuo que de nadie depende en ciertos conceptos". Ser autónomo comporta darse a sí mismo la ley. Pero esta fórmula breve de resonancias kantianas, "darse a sí mismo la ley", es oscura e imprecisa, con más de un significado, y ha creado confusiones. Por lo general se entiende como total exención de cortapisas externas, franquicia para seguir las propias inclinaciones sin hacer caso de nadie. Se parecería al descaro, la frescura, la soberbia, el orgullo o la arrogancia. Sería autónomo el altivo que, ebrio de sus grandes prendas, menosprecia a

los demás y sólo sigue el mandato de su propia potestad. Entendida de este modo, la autonomía se asemeja al albedrío del capricho, que crearía las normas sin más pautas ni razones que las que el gusto prescribe. En la lengua de la calle vendría a significar hacer en todos los casos lo que a uno le dé la gana.

Pero las cosas no son lo que parecen. "Darse la ley a sí mismo" no es crear una cualquiera, sino secundar la única que la razón abandera. La razón legisladora es razón descubridora. Su oficio no es de asamblea, que promulga por acuerdo una norma o la contraria, sino de fondeo en su lógica para descubrir la ley, que maravilla a mi espíritu como el cielo constelado por cima de mi cabeza. Darse la ley es hallarla silenciosa en la conciencia. El autónomo no inventa injustificadamente la norma que se le antoja. Más bien desoye los móviles que reclaman su atención –poder, prestigio, riqueza–, desafía abiertamente la seducción del agrado y se determina a obrar movido exclusivamente por la ley de la razón. "*Das Gesetz der Autonomie*, dice Kant, *ist das Gesetz der Moral*" ("El autónomo recita la legislación moral").

Ni Mallarmé ni Pessoa ni Poe ni Valery fueron poetas autónomos por seguir las directrices tarambanas del capricho, sino por subordinarse a la ley de la belleza. Fueron torres indomables, puntales de libertad, gigantes de autonomía, porque siguieron su estela desoyendo lo demás.

5

La Universidad tampoco puede renunciar a ser una institución autónoma, pues la ciencia y los valores no admiten tejemanejes. Su

única autoridad son el saber y la ética, no la púrpura o los reyes. Con hondura de poeta lo dijo Antonio Machado: "La verdad es la verdad, dígala Agamenón o su porquero". Todo el que quiera alcanzarla habrá de seguir la ley del trabajo riguroso, no consignas del poder. Si un autócrata exigiera vasallaje a la Universidad -que pospusiera la búsqueda del conocimiento al poder- la autonomía obligaría a no ceder al chantaje.

Los valores también caen cuando no hay autonomía. En la cultura actual el valor moral disfruta de amplio reconocimiento. Se habla y se escribe de ellos, hay escuelas filosóficas que los tienen por bandera, se consideran el centro de la buena educación, delimitan la frontera de la política sucia y la política limpia. Hay muchísimas razones para dar a los valores un puesto de privilegio. Son la sustancia moral que la acción encierra en sí o la interna claridad que alumbra la intimidad invisible de las cosas. Romano Guardini los define así: *Das was würdig ist, zu sein* ("lo que es digno de existir"). Los valores manifiestan lo que merece existir. La valentía, la nobleza, la honradez, la rectitud, la belleza, la justicia, la lealtad, el desinterés, son la limpieza del mundo, y es necesario que existan para que no se convierta en un sucio estercolero. Que algo vale significa que cuenta con un permiso para instalarse en la vida, un permiso que le otorga su propia capacidad para hacer mejor el mundo.

La sociedad sin valores se convierte en una burla. Da lugar a lo que Robert Spaemann llama *civilización hipotética*. Todo sería conjetura, hipótesis revisable, sospecha que se mantiene hasta presentar la prueba. El valor más apreciable -la justicia, la amistad, el tra-

bajo solidario, el ánimo generoso, el corazón desprendido, sembrar de belleza el mundo con veneración de músico- valdría según y cómo. Acaso las circunstancias o el interés inconstante, que tiene, según parece, poder de metamorfosis, para hacer malo lo bueno, aconsejen hacer hoy lo que desdeñara ayer.

Todos los valores lanzan fulguraciones de oro sobre la faz de la tierra para confinar las sombras de las humanas miserias. Pero hay unos eminentes a los que en ningún momento se les puede dar la espalda. Son los derechos humanos. Hacer que sean algo más que alocuciones retóricas en boca de personajes que los usan como adornos en políticas de afeite, es hoy la piedra de toque del compromiso social de la Universidad. Sin los derechos humanos, los déspotas sin entrañas tendrían las manos libres para tratar a los hombres igual que si fueran bestias. Cuando el hombre es humillado y se mercede con él como mercancía de lance o para satisfacer egoístas intereses, la Universidad no puede guardar silencio o mirar hacia otro lado. De ella nació la doctrina que quería poner freno al abuso del poder, a su inclinación al látigo, a su deseo autoritario de hacer de los ciudadanos marionetas en sus manos. Y ella continúa sembrando la semilla de la ética en los corazones jóvenes para que rindan cosechas de incondicional respeto a los derechos del hombre.

Hoy, cuando se dice que estamos en el final de la historia y en la agonía de la ética, incumbe a la Universidad una tarea de tutela, práctica más que teórica, de los derechos humanos. Ha de buscarles, sin duda, un sólido fundamento; mostrar que la dignidad no es otro derecho más, sino la fuente de todos;

dejar claro que no son concesiones del poder, sino el privilegio de la condición humana: un privilegio común de los blancos y los negros, los hombres y las mujeres o los ricos y los pobres, a tener en sociedad un sitio en correspondencia con su excelencia de ser. Pero, además, ha de cuidarlos y ser abogada de ellos frente a los que los desprecian o quieren dejarlos fuera de la vida democrática.

Los desprecian los leales a la causa posmoderna, para los que, en vez del trato debido, dentro de la sociedad, a los seres personales por ser seres personales, son el nuevo imperialismo. Como ahora está mal visto imponerse por la fuerza de cañonazos y bombas, se prefiere conquistar las conciencias sin violencia, aunque con igual afán de someter a los pueblos. Los derechos humanos serían la trampa estratégica urdida por Occidente para mantener intactos su hegemonía y su dominio.

Los reducen a hojarasca, a paja sin contenido, los que no aceptan que sean el quid de la democracia. A lo largo de la historia, la humanidad ha inventado dos modos de resolver el problema de la titularidad del

poder: la fuerza y la mayoría. Aunque la primera ha sido celebrada con frecuencia, desde Calicles a Nietzsche, su calidad inmoral –es la despótica ley de las bestias en la selva– la ha hecho caer en descrédito. Hoy se acepta sin reservas que atañe a la mayoría –la única titular legítima del poder– cederlo a quien crea oportuno. Es la vía democrática.

Pero la democracia no es solo una cuestión de formas. Le compete, desde luego, dar y quitar el poder y asegurar la alternancia, para que nadie se quede eternamente con él. Pero no se queda en eso. Si fuera exclusivamente una estrategia formal, ciertas reglas exquisitas en las cosas del poder, habría que adjetivarla, con tristeza, de "vacía". Para que sea real necesita el contenido de los derechos humanos. Si no quiere ser tan solo el método imprescindible, sin posible sustituto, para asignar el poder y garantizar que pase de unas manos a otras, ha de asumir la tarea de hacer que sean realidad los derechos humanos. La educación, la salud, la libertad, la justicia, el trabajo o la igualdad, son valores necesarios, sin los que una sociedad no es democracia de veras. Toca a la Universidad enseñar a alzar la vista hacia esa urgente utopía.